

## **VASCONCELOS AMERICANISTA\***

*por Ana María Intronc*

### **Ubicación Histórica y Doctrinaria**

Los autores nacidos entre 1.870 a 1.885 tuvieron como marco histórico a la industrialización. Mientras crecía la fuerza del capitalismo internacional encontramos a Porfirio Díaz gobernando en México; más abajo en el sur de nuestra América triunfa la oligarquía liberal en la Argentina, al tiempo que frente a esta misma América, España va perdiendo sus últimas posesiones.

Culturalmente el "modernismo" se encontraba en su plenitud. Como reacción al positivismo, en la segunda mitad del siglo XIX, las ciencias naturales se habían impuesto como el modelo de todo conocimiento. Pero en los últimos años, se sucedieron recias polémicas y el determinismo fue cediendo. Su base era la sistematización científica: la epistemología le arrancó esa base.

Así como los libros del positivismo europeo llegaron tardíamente a América, también fue tardía la llegada de los libros europeos antipositivistas. En América, lo que había dominado era más bien un positivismo en acción, difuso, surgido de las necesidades prácticas de nuestra vida social. El positivismo clásico que se conocía era el de Comte y Spencer, con algo de Stuart Mill y mucha lectura de Renan y Taine.

La estética del modernismo implicaba un repudio a la teoría mecánica de la vida. El arte era un refugio, una fe, una liberación donde nada se repetía ni era explicable, al revés de la lógica del físico. Así aparece una nueva corriente filosófica que pone el acento en el espíritu.

El positivismo mexicano tuvo sólida consistencia doctrinaria y prevaleció desde 1.860 hasta principios del siglo XX, que es cuando el Ateneo de la Juventud se abandera con Willam James, Boutroux, Bergson, y le declara la guerra. En ese Ateneo se oían las voces de José Vasconcelos, Antonio Caso, y Pedro Henriquez Ureña, entre otros.

José Vasconcelos, escritor y político mexicano, figura compleja y dinámica, nació el 27 de febrero de 1882 en la ciudad de Oaxaca, pero las primeras imágenes que tuvo fueron las que conoció en la frontera con los Estados Unidos, en los desiertos límites de la patria: Sasabe, Sonora, Piedras Negras, donde su padre trabajó como empleado de aduana.

Este ambiente fue muy importante para Vasconcelos porque conformó decisivamente su personalidad: la contradicción entre el Norte violento y criollo y el Sur indígena sometido como una de las formas del conflicto latinoamericano entre civilización y barbarie.

La zona fronteriza en que residía con su familia, fue para él, un símbolo de su patria que le quedó grabado: los dos peligros en medio del desierto, las embestidas terribles de los apaches y la voracidad bien dirigida de los Estados Unidos.

Así, el sentido de nacionalidad significó para el niño Vasconcelos algo idealizado y débil, siempre a punto de verse destruido por indios y por norteamericanos. Perteneció por lazos familiares, al nacionalismo de la clase media porfiriana.

En esos momentos, más del 80% de la población era analfabeta; el país estaba apenas intercomunicado y hondamente dividido en regionalismos y comunidades indígenas.

El afán generalizado en la última etapa del porfiriato era conseguir una nación liberal, unificar en un sistema cultural y político el país contradictorio y establecer la vida democrática que habría de suceder naturalmente a la época de las dictaduras.

De esta forma, quienes buscaban salir a la palestra, eran los maestros, los artesanos, los comerciantes, es decir, una clase media débil y minoritaria.

En 1.888, la familia se trasladó a un poblado mayor: Piedras Negras, y allí prosperó, lejos de instituciones dictatoriales como el ejército y el clero, lejos de las haciendas y las fábricas, de las matanzas porfirianas y los brillantes centros de poder y riqueza. A través de éstas, sus experiencias vivenciales, Vasconcelos fue construyendo su idea de la nación.

La moralidad de la clase media a que pertenecía Vasconcelos se levantaba indignada contra los asesinatos y las ominosas opulencias de los extranjeros y del grupo porfiriano dueño del poder. Y, sobre todo, contra la servidumbre absoluta de las masas. Esta "moralidad" familiar y ambiental, propia de la infancia y juventud de Vasconcelos, deseaba que se tratase a los indios no como a esclavos, sino como a menores de edad con derecho a la caridad que les librara de ser explotados salvajemente. De aquí que, poco a poco, se acentuara en Vasconcelos, la idea de la redención de las masas.

Pero la más cruel y tangible experiencia de la patria lastimada, vino después para nuestro futuro místico escritor y político mexicano, cuando con admirable indignación vio la infamante realidad de la vida indígena, y la cruel acción de los caudillos: ignorancia, explotación, opulencia, crueldad: éste fue el panorama que tratará luego de corregir mediante la educación, la reforma agraria y la moral.

Vasconcelos hizo sus estudios elementales sin alejarse de su rincón natal. Poco después, en su adolescencia, y arraigado en la realidad libresca del siglo XIX, plena de heroicos destinos y delirios de grandeza, fue construyendo su propia personalidad. Muy pronto se nutriría de grandezas radicales: Schopenhauer, Nietzsche, Wagner, Carlyle, Emerson, Bergson, Tolstoi y vidas heroicas como la de Romain Rolland. Su frase identificatoria llegó a ser: "Actuar es grande".

Resulta importante destacar como detalle a tener en cuenta para su actuación posterior, cómo su madre lo inició en la práctica nacionalista del catolicismo frente a la invasión cultural del protestantismo norteamericano. De esta forma se familiarizó con Calderón, Balmes, San Agustín,

Tertuliano, por nombrar sólo unos pocos.

Trasladada luego la familia a la ciudad capital de México, Vasconcelos se nutrió ahora de las categorías del espíritu nacional y con su asombrosa capacidad perceptiva se hizo dueño de una rica mitología visual que luego se plasmaría en su ideal estético.

Así, veremos más adelante, surgir de su pluma como ejemplo de estos descubrimientos a su: *Ulises Criollo* que pertenece a un movimiento cultural que postuló la necesidad de inventar un lenguaje vitalista y sensorial que a la vez expresara nuevas aprehensiones de la realidad y estimulara formas entusiastas de aprehenderlas. Esta función estética, representa al mismo tiempo, una función nacionalista.

Futuro filósofo y sociólogo, Vasconcelos cursó leyes en la Escuela de Jurisprudencia de México, donde tuvo por discípulos a Alfonso Reyes, Antonio Caso, Isidro Fabela y otros intelectuales que se distinguieron como alumnos y alcanzaron más tarde triunfos merecidos en el foro y en las letras.

Después de recibirse de abogado emprendió algunos viajes recorriendo la parte occidental de los Estados Unidos y visitando Lima y otras ciudades sudamericanas.

Siendo estudiante cultivó las letras y se aficionó a la filosofía escribiendo algunos ensayos críticos que llamaron poderosamente la atención.

Avido de saber, su espíritu especuló desde muy temprano sobre materias diversas y trascendentales como la religión, la moral, la sociología y la política. Y a pesar de las dificultades que hallaba en México por la carencia de libros, de maestros y de instituciones culturales, se formó una sólida ilustración que le hizo apto para los altos cargos que desempeñó más tarde. Como estudiante, Vasconcelos se rebeló emotivamente contra el positivismo, luego, con Antonio Caso, lo criticaría racionalmente.

Sus virtudes sobresalientes eran la pasión, la energía y la audacia que volcó en todo lo que hizo, escribió y dijo. A los 23 años escribió su *Teoría Dinámica del Derecho* que fue, en resumen, un alegato en favor de la fuerza individual contra el orden pasivo de una sociedad estancada que se negaba

a utilizar las mayores facultades de sus miembros porque no perseguía el progreso sino la sumisión y el provincianismo coloniales.

En su *Teoría* condenó, por un lado, a los políticos hispanoamericanos porque eran caudillos a los cuales consideraba como una variedad del tipo criminal, y por otro, a la oligarquía porque en sus ideales no cabía la aristocracia económica, la cual no era "hecha" sino "heredada" y además implicaba como consecuencia la explotación injusta de los demás que es una variedad de la barbarie.

Vasconcelos pertenece a la generación del Ateneo de la Juventud que nació en 1909 e inició la cultura mexicana moderna. Más adelante, en 1912, Vasconcelos lo transformará en el Ateneo de México, donde ya no vemos a una juvenil asociación de aficionados a la alta cultura, sino una empresa nacionalista de "rehabilitación" de la patria con misiones sociales como la Universidad Popular Mexicana (1912-1920) que será el anticipo de lo que luego sería el "ministerio" de Educación de Vasconcelos, es decir, una dependencia del Ateneo que debería educar mediante conferencias, conciertos, etc. a los adultos y principalmente a los obreros.

En 1912, la lucha del Ateneo dejó de ser un simple ideal cultista y se integró a la mística maderista de recobrar el camino liberal, democrático y nacionalista. En una conferencia apareció por primera vez el gran mito de Vasconcelos: Ulises, como el aventurero de la "civilización bárbara", mexicana, semejante a los gérmenes de las civilizaciones hindú y griega.

En 1908 inició su actuación política, ingresando en 1909 en el Centro Antireeleccionista, que fundó con Francisco Madero, a quien conoció por entonces.

Madero lo invitó a unirse a su movimiento, lo que Vasconcelos aceptó, entre otros motivos por la repugnancia personal que sentía por el porfirismo y por su rechazo instintivo contra los atropellos. Además creía, como toda la clase media, que una vez abatida la anarquía decimonónica, se realizaría finalmente el viejo ideal de la nación liberal.

De 1908 a 1909 sirvió de distintas formas a la revolución que se preparaba, por ejemplo, como agente confidencial

en Washington. Trabajando en este cargo promovió la propaganda antiporfirista en la prensa norteamericana más liberal y, por otro lado, descubrió nuevos autores, ideas y libros en la Biblioteca del Congreso. Leyó a los griegos, la patrística, *los indostanos* (Max Müller y Aldenberg), la filosofía de la época y los nuevos títulos de divulgación científica.

Triunfante Madero, Vasconcelos regresó a México pero no aceptó ningún puesto público, aunque era, de hecho, el intelectual oficial, el defensor periodístico de Madero contra la vieja guardia de intelectuales porfiristas.

Con Madero, México apartó su atención oficial exclusiva de los Estados Unidos y buscó reincorporarse a la tradición y la solidaridad latinoamericana. Fue entonces que Vasconcelos hizo que el Ateneo de México funcionara como un ministerio de cultura extraoficial a través, sobre todo, de la Universidad Popular Mexicana que sirvió, más que nada, para fundar la mística de la educación para el pueblo y configuró la imagen de una cultura mexicana como un movimiento anticolonialista, bolivariano y un poco indigenista. Con ella empezó el mito de Vasconcelos como el apóstol de la cultura mesiánica.

Madero significaba realizar una mística y una vida republicanas. Lograr el liberalismo que la dictadura impedía. Un estado democrático, representativo y federal; la regencia de las leyes por encima de toda tiranía caudillista; la posibilidad de desarrollar las potencialidades individuales; una vida institucional opuesta a la arbitrariedad y al despotismo; y por fin las tan anheladas libertades: libertad de expresión, de pensamiento, de reunión, de empresa, etc. Esto, a su vez, significaba la reconstrucción de la nacionalidad: despertar el alma de la nación, de la pobre masa torturada de mexicanos.

Pero, desgraciadamente, Madero fue vencido por la "triple alianza" de los mexicanos ruines, las masas fanatizadas y los Estados Unidos, para quienes el nacionalismo democrático de Madero, resultaba perjudicial. Así, en medio de una verdadera "barbarie" revolucionaria, Madero fue asesinado.

Vasconcelos prestó entonces varios servicios a los revolucionarios. Así, en la Convención militar de Aguascalientes defendió, entre otros principios, que la soberanía nacional residía en el pueblo. La Convención nombró a José Vasconcelos,

ministro de Educación Pública. Después marchó de nuevo a los Estados Unidos, donde vivió algún tiempo apartado de la política.

En 1916, le vemos de nuevo, durante unos meses, en Lima, completamente consagrado a las letras.

En junio de 1920, Adolfo de la Huerta le nombró Rector de la Universidad Nacional de México. En este cargo realizó una brillante labor pedagógica, esforzándose en poner esa institución, al nivel de las más perfeccionadas del extranjero. Poco después, es llamado por el gobierno de México para desempeñar la cartera de instrucción Pública, cargo que absorbe su prodigiosa actividad durante cerca de 4 años. En su gestión ministerial, Vasconcelos realizó una labor formidable en favor de la cultura del país, tan descuidada hasta entonces. Reorganizó sobre bases sólidas y dentro de un espíritu completamente moderno, las escuelas y universidades de la nación; fundó nuevos establecimientos docentes de acuerdo con las necesidades culturales y económicas del pueblo, y gran número de bibliotecas populares. Por cuenta del estado, publicó una serie de colecciones de cultura general destinadas a levantar el nivel intelectual del país.

En el exilio, entre 1916 y 1919, Vasconcelos, publicó cuatro obras que buscaron fijar su posición anticolonialista para la cultura latinoamericana: *Pitágoras, Una Teoría del Ritmo; El Monismo Estético; Prometeo Vencedor y Estudios Indostánicos*. Estas obras, aunque apuntan preferentemente a motivos de filosofía, e historia del arte, dieron un buen impulso a toda la corriente cultural anticolonialista iberoamericana. En estos trabajos Vasconcelos se proponía: a) acabar con el monopolio de Europa como modelo histórico a seguir y promover en la juventud de América, el germen de una civilización nueva; b) al proponer la Grecia pitagórica y la India de Buda como modelos históricos, la América de Vasconcelos buscaba una personalidad independiente. "Sólo las razas mestizas son capaces de las grandes creaciones", decía nuestro autor al referirse al mestizaje en América de la raza blanca con los indios y los negros; c) Vasconcelos hablaba o exigía un mesianismo cultural. El intelectual era el sacerdote del espíritu llamado a realizar una filosofía iberoamericana que

organizara e impulsara el pensamiento de la raza. Esta filosofía era vitalista, irracionalista, con apetito de grandeza espiritual. En resumen, la estética era la síntesis emotiva de energía y tenía una función redentora. Esta función fue básica en el proyecto educativo y cultural que practicaría en la Universidad y en la Secretaría de Educación entre 1920 y 1924, ya que Vasconcelos fue el origen y el motor de la práctica mexicana del arte popular como pedagogía cósmica.

El mesianismo de Vasconcelos consistía, sobre todo, en arrancar a la población de la barbarie que la hacía manipulable por tiranos y hacendados, y a la cultura de la estupidez anémica y sumisa de las clases provincianamente cultas.

La educación debía asimilar al indígena a la nación, no seguir discriminándolo, excluyéndolo en reservaciones. Se buscaba que toda la población formara parte de la "aristocracia espiritual" que luego habría de denominarse: "raza cósmica".

Así, rompió con el círculo vicioso del analfabetismo. Creó escuelas técnicas e industriales, instaurándose como obligatoria la enseñanza para el trabajo (talleres, huertas, granjas).

Conociendo su arraigado americanismo expuesto en libros, folletos, conferencias y discursos, el gobierno le confió en 1922, una embajada especial a Río de Janeiro para entregar, en nombre de México, la estatua de Cauauhtemoc, como contribución de México a las fiestas del centenario de la Independencia de Brasil.

En este momento, Vasconcelos es ya una de las primeras figuras intelectuales, no sólo de México, sino de la América hispana. Entre muchas otras publicó las obras siguientes (además de las nombradas ya): *La Intelectualidad Mexicana* (Lima 1916); *El Movimiento Intelectual Contemporáneo de México* (Lima 1916); *Divagaciones Literarias* (México 1919); *Artículos* (Costa Rica 1920); *La Tormenta* (1936); *Breve Historia de México* (1936); *El Proconsulado* (1939); *El Desastre* (1946); *La Flama*, póstumo, etc. *Topología* (1952) es la refundición de su sistema filosófico.

Después de su tan eficaz paso por la secretaría de Instrucción Pública, Vasconcelos permaneció algún tiempo en su país redactando su revista de combate: "La Antorcha".

Pero fatigado por el ambiente mezquino de los combates políticos a base de personalismos, se expatrió, realizando un largo viaje por Europa. Visitó: Portugal, España, Francia, Italia, Grecia, Hungría, Austria, Alemania, Inglaterra, y residió en París hasta que fue llamado a Puerto Rico para dar una serie de conferencias sobre problemas específicamente americanos.

Sus teorías americanistas formuladas ya en su obra *La Raza Cósmica* (París 1925), donde resume copiosas experiencias referidas a distintos viajes realizados por la América del Sur, son más largamente expuestas en aquellas conferencias, que el autor ha reunido en otro volumen: *Indología* (París 1927).

En el ánimo del autor: *Indología* es una interpretación de la cultura iberoamericana, o mejor aún, un instante de superación de las dos culturas que dividen al Nuevo Mundo.

En *La Raza Cósmica*, Vasconcelos establece la existencia en América, no de una diversidad de razas que prolongan en el nuevo continente la lucha de antagonismos y de supremacías, a que se abocaron las razas originarias en el Viejo Mundo sino de una nueva raza, la raza cósmica, que las funde a todas y las supera, tendiendo a la creación, no ya de un nuevo tipo fisiológico, sino de una nueva cultura.

En *Indología*, resume el pensador mexicano su panamericanismo. La cultura latina y la cultura sajona no representan para él, dos polos o extremos imposibles de unir, sino todo lo contrario, pues, tanto por su origen, como por sus tendencias podrían ser ambas columnas firmes de un futuro ilimitado.

Las doctrinas que Vasconcelos venía elaborando en todas sus obras, conferencias y artículos, y que en las conferencias de Puerto Rico vienen a constituir ya un todo sistemático, suscitaron en el Perú, donde el nombre de Vasconcelos es tan popular como en México, una violenta polémica de amigos y de adversarios.

José Vasconcelos, apasionado y contradictorio, fallece en 1959. Considerado un ciudadano de todas las culturas, dueño de una erudición enciclopédica y pensador, como vimos, de un método místico-emotivo es, en verdad, el apóstol de la unidad.

Deslumbrado por la luz inmaterial del Uno Absoluto, no acierta a ver en los seres todos, sino destellos emanados de aquella unidad inefable. Este Quijote lírico que sueña con el ideal de la unidad de los hombres, se autodefine, por lo menos en parte, a través de estas palabras suyas de 1947: "El español tiene motivos de sobra para ufanarse por igual del Quijote y de la epopeya de América. En un sentido profundo son ambos acontecimientos el fruto de un mismo afán de universalidad dirigido a lo maravilloso y lo eterno. A veces ocurre en la historia que se hermanan la capacidad literaria y el don del Imperio. El genio literario es ya un invasor en el terreno de las conciencias. Invasor perdurable porque emplea el arma de la persuasión, de efectos más hondos que la coerción de los conquistadores guerreros.

En la firme voluntad de Cortés y de Pizarro, de Alvarado y de Almagro o Benalcázar y Jiménez de Quesada, hay el mismo espíritu despreocupado, desdeñoso del imposible que lleva al Quijote a dejar tierra y hogar para su lucha contra los fantasmas de la injusticia. Y aunque toda la obra colonial de España se perdió para la metrópoli, en lo material, el Quijote que guió la conquista, el Quijote que después, durante la Colonia, expidió las Leyes de Indias, el monumento jurídico más piadoso que dieron los siglos, el Quijote que más tarde hizo la independencia política, subsiste en nuestra historia, y en este centenario habla por veinte repúblicas, para decir que prefiere la locura insensata pero sublime, del héroe de Cervantes a la prudente cautela de Hamlet, cuyos vástagos lograron dominar la tierra. Nos quedó a nosotros, ha de quedarnos, la locura gloriosa que exige para el hombre mucho más que la Tierra".<sup>(1)</sup>

## Desarrollo

### 1. *En busca de la Raza Cósmica*

---

(1) VASCONCELOS, José: "Estudios: Cervantes y América". p. 19.

Dentro de la diversa temática vasconcelista, es notorio su interés por caracterizar la existencia colectiva iberoamericana. Su propósito es precisar los rasgos representativos de un organismo que lleva poco tiempo de vida autóctona.

Vasconcelos se propone, no sólo definir el dinamismo étnico de los iberoamericanos, sino también imprimirle caracteres propios y buscar su orientación. A todo el ramillete de reflexiones que presenta sobre el origen, la vida contemporánea y el porvenir de la raza Iberoamericana le llama: "Indología". Este nombre responde a la personal asociación que hace Vasconcelos entre nuestro agregado étnico y la vieja y no por eso menos profética visión del descubridor del Nuevo Mundo, quien al pisar nuestra tierra creyó encontrarse con la India, y así nos bautizó con la ilusión de consumir así la circunvalación del planeta.

Lo sugestivamente real y rico en significado, es que descubrió una nueva era de civilización en que la vida colectiva habría de conformarse en maneras definitivas y universales a través de una raza y de una cultura nuevas y promiscuas.

Si bien no fue la India lo que encontró Colón, le salió al paso, en cambio, un continente más vasto, limpio de pasado, y mejor adaptado que aquélla para convertirse en escenario de la civilización universal. De aquí esta designación de Indología en el sentido de la era final y universal de la cultura del planeta.

Según la opinión de geólogos autorizados, el continente americano contiene algunas de las más antiguas zonas del mundo. A través de las progresivas investigaciones se va redondeando la hipótesis de la Atlántida en cuanto cuna de una civilización que hace millares de años tuvo su apogeo en el continente desaparecido y en parte de lo que es hoy América. Esta versión de los imperios étnicos de la prehistoria concilia claramente con la teoría de Wegener de la traslación de los continentes, según la cual todas las tierras estaban unidas formando un solo bloque continental que poco a poco se fue disgregando.

Resulta, entonces, sencillo suponer que en determinada región de esta masa continua se desenvolvía una raza que, después de progresar y decaer era sustituida por otra.

Esta cuestión de la gran antigüedad de nuestro continente tiene gran importancia para quien, como Vasconcelos, se empeña en buscar un plan en la historia. En el conjunto de los sucesos intenta encontrar una dirección, un ritmo y un propósito guiado por su intuición y apoyándose en los datos de la historia y de la ciencia.

La raza atlántida prosperó y decayó en América. Al decaer los atlantes la civilización intensa se trasladó a otros lugares y cambió de estirpes. A través de diversas mezclas se creó la cultura helénica. Y es en Grecia donde comienza el desarrollo de la civilización occidental o europea: la civilización blanca que, expandiéndose, logró llegar hasta el lejano continente americano consumando una obra de recivilización y de repoblación.

Podemos enumerar cuatro etapas y cuatro troncos: el negro, el indio, el mogol y el blanco. Este último, después de realizarse organizativamente en Europa, se convirtió en invasor del mundo. Pero el predominio blanco será temporal ya que su misión es servir de puente. Y es que: "El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse. La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado".<sup>[2]</sup>

La tesis de la existencia de una quinta raza futura, por estar apoyada en una norma de universalidad, no excluye sino que asimila y engloba todo tipo de caracteres y sangres.

La trascendental misión de puente correspondió específicamente a los dos tipos humanos más fuertes y disímiles de la familia europea: el español y el inglés. Ya desde el descubrimiento y la conquista fueron los latinos y los sajones los que inauguraron un nuevo período de la historia al poblar el hemisferio nuevo.

Los latinos, dueños de genio y audacia, se apoderaron de las mejores regiones, de las que creyeron más ricas. Así, los ingleses, tuvieron que conformarse con las tierras que

---

[2] VASCONCELOS. José: *La Raza Cósmica*, p. 16.

quedaban. No se puede negar el predominio latino en los comienzos. Existió desde siempre, una pugna entre la latinidad y el sajonismo, tanto respecto de las instituciones, como de los propósitos y de los ideales. Hoy, este conflicto tiene por marco el Nuevo Mundo donde a nosotros, los latinos, nos ha tocado perder no sólo en cuanto a soberanía geográfica sino también en cuanto a fuerza moral. La derrota trajo aparejada confusión de conceptos y de valores. Privados de la antigua grandeza, nos enorgullecemos de un patriotismo exclusivamente nacional, mientras cerramos los ojos para no ver los peligros que acechan a nuestra raza en conjunto.

Al servir a la política enemiga, a través por ejemplo, de intereses económicos, nos envilecemos al negarnos los unos a los otros. La peor derrota la sufrimos cuando cada una de las repúblicas ibéricas se desligó de sus hermanas para hacer su vida propia, vida ésta que se caracteriza sobre todo por concertar tratados y recibir fariseos beneficios que afectan a los intereses comunes de la raza.

Frente a la fuerte unión norteamericana, se destaca aún más nuestra discordia hecha de anarquía y soledad, desplegada en veinte banderas que implican tácitamente una representatividad ilusoria en cuanto a la unión iberoamericana.

Mientras a la hora de obrar los ingleses buscan la alianza de sus hermanos de América y de Australia, y entonces el yanqui se siente tan inglés como el inglés en Inglaterra; en igualdad de situaciones, el español de América no se siente tan español como los hijos de España. Si nos ocurriese lo contrario, llegaríamos a ser grandes al llevar a cabo las más altas misiones comunes en el momento en que las circunstancias así lo requiriesen.

Y es que la civilización no puede improvisarse a partir de un papel, así se llame constitución política, sino que emana siempre de una larga preparación y depuración de factores que se transmiten y se combinan desde los inicios de la historia.

Para lograr que la cultura iberoamericana dé todos sus frutos, es necesario que vivamos teniendo siempre en cuenta el elevado interés de la raza. El estado actual de la civilización nos impone defender nuestros intereses materiales y morales pero con finalidades vastas y trascendentales.

En determinadas épocas, la decadencia de las costumbres, la pérdida de las libertades públicas y la ignorancia general, producen la paralización de la energía de toda una raza.

Los españoles libres, esos hombres briosos que se llamaban Cortés y Pizarro, Alvarado y Belalcázar trajeron a América su genio creador de grandes capitanes. De inmediato, después de la victoria, trazaban los planos de las nuevas ciudades y redactaban los estatutos de su fundación. Pero la obra de estos genios españoles en América, se echó a perder, a medida que la conquista se consumaba, a mano de cortesanos incapaces que quedaron a cargo de la nueva organización. Y así fue que estos hombres sin valores pero sumisos al poder real, oprimieron y humillaron al nativo, anulando de esta manera, poco a poco, la espléndida obra iniciada por los bravos conquistadores y apuntalada por la sabiduría abnegada de los misioneros.

En esa misma época, los sajones, fortalecidos por la virtud, crecían y se expandían en libertad, adquiriendo fortaleza material e ingenio práctico, lo que los guió hacia el éxito. Etnicamente se mantuvieron unidos y, por lo tanto, fuertes. La emancipación no delimitó a esta gran raza sino que la multiplicó, y entonces se desbordó poderosa por el mundo.

Por el contrario, nosotros, los de raíz española, por la sangre o por la cultura, desde el momento de nuestra emancipación empezamos a renegar de nuestras tradiciones intentando así romper con el pasado, lo que equivale a perder el sentido histórico de nuestra raza con el consecuente naufragio que ocasiona todo desarraigo. Como una importante consecuencia, nuestra guerra de Independencia se vio debilitada por el provincialismo y por la falta de planes trascendentales. La ignorancia o la ceguera de muchos protagonistas de la época, logró dividir, despedazar, el sueño de un gran poderío latino.

Mientras la raza del Norte triunfa porque conserva presente la intuición de una misión histórica definida, nosotros nos perdemos en el laberinto de quimeras verbales.

Sin embargo hay que hacer una salvedad muy importante: los sajones cometieron el crimen de destruir a las razas disímiles, al tiempo que nosotros las asimilamos: esto nos da nuevos

derechos y la gran esperanza de realizar una misión sin precedentes en la historia.

Visto el problema desde este nuevo punto de vista, sentimos que los mismos tropiezos pueden ayudarnos a descubrir nuestro camino. Empezamos a comprender que no es imitando que nos encontraremos, sino apoyándonos justamente en las diferencias: descubriendo y creando desde ellas. La ventaja de nuestra civilización es el mayor caudal de simpatía que destila sobre los extraños. Fue esta misma capacidad de amor la que llevó a los españoles a crear, por un lado, una raza nueva con el indio y con el negro al prodigarse el soldado blanco engendrando familia indígena, y por el otro, a difundir la cultura de Occidente a través de la doctrina y el ejemplo de los misioneros que civilizaron al indio.

Mientras la colonización española creó mestizaje con lo que señala su carácter, asume su responsabilidad y deslinda su porvenir, el inglés siguió cruzándose solamente con el blanco y exterminó al indígena. Este hecho resulta crucial porque prueba su limitación y es la señal de su decadencia, ya que contradice el fin último de la historia que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas.

América está predestinada a ser la cuna de una quinta raza en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro razas que, aisladamente, han venido forjando la historia. Es en suelo americano donde, según nuestro autor, acabará definitivamente la dispersión, consumándose por fin a través de los pueblos latinos la unidad por el triunfo del amor fecundo y a superación de todas las estirpes.

Por esto es importante aclarar que, a pesar del caudillismo localista que existió en el tiempo de la independencia latinoamericana, casi todos los demás prohombres que actuaron como actores decisivos de esa gesta se sintieron sorprendentemente animados de un sentimiento humano universal que empalma con el destino que hoy asignamos al continente iberoamericano, ya que todos se preocuparon de libertar a los esclavos, de declarar la igualdad de todos los hombres por derecho natural; la igualdad social y cívica de los blancos, negros e indios, dando así forma concreta a la misión de fundir étnica y espiritualmente a las gentes.

De aquí que en la América española ya no será la raza futura de un solo color ni de un solo tipo de rasgos, sino que aquélla será la raza definitiva, la raza integral, amasada con el genio y la sangre de todos los pueblos y -por esto mismo- más capaz de auténtica fraternidad y de visión universal.

## II. *El Asunto*

Esta raza se sueña con que seamos pero no lo somos aún. A fin de lograrlo, se deben formular unas bases constitutivas que sirvan para ir ganando progresivamente la concreción de ese ideal.

Respecto a la definición de nuestros caracteres, puede decirse que somos una veintena de naciones desligadas y dueñas de una civilización pobre. Con excepción de la Argentina y el Brasil, durante el siglo de nuestra vida nacional independiente, se han perdido recursos y vigor sin que por ello se pueda hablar de destrucción de las capacidades latentes en nuestras tierras.

El primer elemento a tener en cuenta en nuestra acción debe ser la conciencia de nuestra unidad. Esta implica, entre otros factores, el tronco común de la civilización cristiana cuyo cimiento es la igualdad y la hermandad de todos los hombres.

Respecto del factor físico, la mayor extensión del continente ibérico es completamente distinta del territorio ocupado por los anglosajones. Con excepción de la zona pampeana de la Argentina, todo el resto de la América española, a diferencia de la América del Norte, posee una superficie montañosa situada en la zona tórrida o en la zona tropical. En la América sajona hay montañas, pero salvo en ciertos lugares el clima es templado y el territorio en general resulta fácil para la penetración humana.

Por nuestra parte, nuestro aislamiento geográfico nos ha impuesto el fraccionamiento en nacionalidades lo que conlleva una disgregación que resulta enemiga de nuestra unidad étnica y de nuestro interés político. Si bien es cierto que contamos también con grandes ríos, éstos están ubicados

en zonas extremadamente cálidas donde la verdadera civilización no ha logrado imponerse aún.

No sólo las profundas diferencias físicas que existen entre el Norte y el Sur explican sus consecuentes diferencias de desarrollo, de temperamento y de cultura entre ambos grupos de pueblos, sino también las grandes diferencias de historia y de raza que sellan a cada uno de los dos grupos étnicos.

Sabemos que nosotros procedemos de una cultura hispánica y latina, mientras que el Norte es continuador de la tradición germánica y sajona. De estas diferencias étnicas surgen variedades de espíritus diversos.

Respecto de la diferencia de temperamentos, el yanqui ha demostrado ser laborioso y tenaz frente a la inconstancia y a la haraganería que a nosotros nos caracteriza. En compensación, somos ricos en vivacidad y fantasía, características que nos prometen preciosas futuras conquistas.

Del otro lado, el excesivo tecnicismo yanqui parece estar destruyendo a los mismos creadores de esta técnica.

Nosotros, en cambio, conservamos mayor libertad de espíritu aunque la desaprovechemos en el ocio c a través de la acción anárquica. Desgraciadamente aún desperdiciamos nuestras energías espirituales al no infundirles el vigoroso impulso creador que, al concretarse, nos elevaría en importancia a la altura del resto del mundo civilizado.

Resulta imprescindible para nuestros propósitos, volver a subrayar que constituimos un agregado racial homogéneo: la raza iberoamericana habitante de una zona extensa y continuada del Nuevo Mundo. Este subrayado resulta necesario ya que muchos intentan negarnos la posibilidad de una acción en conjunto al desconocer la realidad de nuestra raza compacta en su homogeneidad y capaz de organizarse para defender los intereses comunes haciendo valer sus voluntades.

Se olvida tendenciosamente que somos continuación filial de la rica cultura española que en una época se impuso en Europa. Este olvido que huele a conspiración contra nuestra unidad étnica y cultural es protagonizada por los escritores, los capitalistas y los soldados del imperialismo. La Europa culta nos menosprecia con su criterio de pueblo viejo y pode-

roso. Para lograr reafirmarnos, como fundamento de nuestra misión, es necesario crear nuestra personalidad en cuanto original y única. Para empezar debemos tomar conciencia de que somos muchos millones de hombres ligados por lazos de sangre y de cultura, y dueños de una inmensa extensión de rico territorio.

Recalquemos de inmediato nuestro reconocimiento del valor y los derechos de la raza anglosajona que comparte con nosotros las responsabilidades del dominio del Nuevo Mundo. Ellos y nosotros representamos las dos leguas, las dos culturas, las dos grandes orientaciones de América. De aquí la urgencia de estudiar cómo deben conciliarse y colaborar mutuamente estas dos fuerzas en cuanto creadoras de vida, cultura y progreso, en vez de focalizar sus energías en inútiles y destructivas rivalidades y conflictos.

Vasconcelos, siempre enemigo de la violencia estéril, nos incita a defendernos progresando, a través de nuestros sistemas sociales democráticos y sacudiendo el yugo de los todavía existentes caudillajes bárbaros. De esta manera habremos acabado por lo menos con la mitad de los problemas que nos atosigan.

"El tema fundamental, el 'leit motiv' de nuestras especulaciones, nos lo dará la comprobación de la unidad espiritual de la raza hispánica de América y de España, identidad en el pasado, disgregación necesaria para recomenzar la vida en condiciones nuevas y reunión ideal posterior, pero ya sobre las bases de autonomía y de libertad, de disciplina y de justicia, bases sin las cuales ninguna cultura alcanza esplendor."<sup>[3]</sup>

Desde el comienzo, los latinos y los sajones buscaron en el Nuevo Mundo ubicarse en las regiones que, por el clima, corresponden a las latitudes de que cada uno de ellos venía. Así, los latinos, en vez de la niebla y el viento preferidos por los holandeses y los ingleses, ocuparon preferentemente las zonas cálidas.

Luego de la exploración, se inicia la colonización, estableciéndose los gobiernos, importante elemento de cohesión que consumó la obra de unificación. La homogeneidad étnica

[3] VASCONCELOS, José: *Indología*, p. 18.

y la semejanza de condiciones climáticas se aunaron a un sistema administrativo centralista. Incluso resulta evidente que aún antes de la conquista, la gente que habitaba nuestro continente era étnica y espiritualmente la misma: desde los aztecas hasta los mayas, desde los incas hasta los almaraes.

Cuando se produjo la emancipación, se produjo el penoso fraccionamiento causado por la doctrina de la nacionalidad y el aislamiento físico en que nos mantenía nuestra naturaleza -distancia y cordillera- aún no domeñada por el hombre.

La idea de nacionalidad, nos llegó desde Europa, donde es explicable ya que la población europea está subdividida en razas y lenguas distintas. En cambio, entre nosotros no hay más que un idioma, un territorio continuo y una raza completamente homogénea. Así, la creación de 20 nacionalidades de habla castellana implica, para nuestro autor, un error fomentado por los enemigos de nuestro engrandecimiento y estimulado por la misma Inglaterra que combatía el poderío español y quería evitar que nosotros heredásemos el imperio ibérico.

Por los motivos citados, nos encontramos desorientados al principio de nuestra vida pública, y entonces con criterio localista decidimos nuestros asuntos de acuerdo a intereses de fronteras, lo que siempre contribuye a herir la esencia de la raza.

Como herencia del sistema militar español, nos quedó el tipo de caudillo ignorante que se apodera de la cosa pública imponiéndose por la violencia y siempre apoyado por un grupo de fanáticos seguidores armados. De aquí que todos los crímenes se justificaran con el pretexto de defender "principios" en nombre de la patria. Así se consolidaron dominaciones egoístas y personales.

América se vio entonces inmersa en el tiránico caudillismo que inspira temor y crea divisiones. Se pudo ver entonces la explotación de ignorancia popular en nombre de credos inexistentes o retorcidos en su significado. De dictaduras como éstas procede el celo por la autonomía local en pro de la salvaguardia de la explotación y al aniquilamiento de los pueblos. Pero la misma insistencia en la despótica tendencia localista hizo nacer la corriente salvadora que sustenta el

saludable principio formulado por Sarmiento: "La Victoria no da derechos", lo que implica que las fronteras de las naciones hispánicas, no están sujetas a los azares de la lucha armada. Esto implica una terapéutica superación del nacionalismo al luchar donde hay tiranías que combatir e injusticias que reparar, a través de principios de moral, de libertad y de justicia. Y dice Vasconcelos: "El patriotismo necesita reformas, ya no debe haber peruanos, ni mexicanos, ni argentinos o chilenos. Sólo las almas de moluscos siguen apegadas a la roca de la patria. Hay que decirlo bruscamente: yo reniego de la mía, en el instante mismo en que pretende agrandarse a costa de otras naciones o no esté dispuesta a servir las y a amarlas fraternal y recíprocamente."<sup>(4)</sup>

Y es que el verdadero nacionalismo americano, no el importado de Europa, no es un sentimiento íntimo, fundamental, ya que no existe tradición en qué besarlo ni diferencias de sangre o de cultura que le dieran sentido.

Lo que realmente importa para nuestra América latina es la toma de conciencia colectiva de la unidad moral que nos une a todos los iberoamericanos. De esta sola toma de conciencia emana una fuerza capaz de sustentar todos los poderíos.

En resumen puede afirmarse que el aislamiento entre nuestras naciones está roto y que el anhelo iberoamericano recobra fuerzas cuando se observa el encaminamiento de nuestra raza hacia la fusión espiritual y la confederación política.

En la América latina está iniciándose un nuevo período histórico enraizado en tres factores claramente deslindados: una tradición cultural española indígena, europea y americana; un continente deshabitado y prodigiosamente rico y una raza mixta, producto de la mezcla de europeo con indio, con negro, con chino, con todas las razas conocidas, la raza mixta total, el primer caso de raza positivamente universal.

Iberoamérica significa una empresa que necesita la colaboración de todos los pueblos de la tierra para comenzar su ciclo propio en la historia del mundo.

---

(4) VASCONCELOS, José: *Ideario de Acción*, p. 17.

### III. La Tierra

Dentro de las reflexiones a que nos lleva el asunto iberoamericano, hay que tener en cuenta cómo los grandes agregados humanos viven incrustados en su medio sin la posibilidad de rebasarlo viajando, lo que debería ser un derecho de cada hombre, ejercitado si no gratuitamente, por lo menos a poco costo. Con muy hermosas palabras nos dice Vasconcelos desde su indología, p. 29,: "Un baño de mundo, tan necesario al alma, como al cuerpo es necesaria el agua de mar, no debiera privarse a nadie de tomarlo. No poder viajar equivale a tener el cuerpo en cárcel. Dentro del corazón llevamos como un pájaro que periódicamente necesita volar."

Pocos medios físicos existen tan imponentes, tan bravíos, como el continente iberoamericano. Desde vastas planicies áridas hasta desiertos; por otro lado tierras secas pero fértiles, escasamente pobladas y con capacidades latentes enormes. Selvas y ríos portentosos que en su subsuelo guardan ricos yacimientos de petróleo.

La cultura colonial hispánica se advierte ya en nuestras tradicionales y viejas ciudades cuya disposición arquitectónica nos lleva a pensar que estas ciudades nuestras anidan en su seno hogares de hombres libres e iguales entre ellos y cuyas plazas representan el corazón de estos pueblos, el solar donde la multitud utiliza sus derechos para congregarse, manifestación ésta de una civilización con sentido ecuménico.

Cuando recorriendo nuestra América latina, se baja del altiplano a la costa, cambia la naturaleza y aún el tipo de raza se modifica. Al altiplano se han ido los mejores núcleos de población porque allí el clima es templado, y estas poblaciones viven pobremente porque no conocen otra cosa que los cultivos y las industrias de este tipo de clima. Esta misma gente y su civilización, se enriquecerían si hallasen los medios de facilitar la explotación de los incalculables tesoros que contiene la zona tropical de las tierras que habitan.

Una conquista que puede transformar la historia del género humano, es la conquista del clima cálido que ya ha empezado a imponerse lentamente en el territorio amazónico que comprende desde el Atlántico hasta las estribaciones

de los Andes, sobre Colombia y Ecuador, Perú y Bolivia. En estas zonas, se irá derramando cada vez más la humanidad, al tiempo que la ingeniería, la química y todos los esfuerzos aunados vayan consumando dicha conquista.

Del trópico amazónico saldrá no sólo la gran producción agrícola sino también la gran industria.

Por otra parte, además de la conocida riqueza de la pampa argentina con sus trigales y sus ganados, queda todavía el Sur: la Patagonia casi inexplorada, fértil y de promisorio suelo rico en yacimientos petrolíferos. Y no nos olvidemos de la región andina de Bolivia, Chile y Perú, cuna de cantidad de metales preciosos aún no usufructuados, ni de la región de Minas Gerais, poseedora de suficiente hulla y hierro como para surtir las más extensas necesidades industriales.

Belleza y prosperidad se desprenden también de los bellísimos lagos chilenos, de las imponentes montañas y de los abrigados puertos.

Hay que recalcar que el gran desarrollo de la América latina, tiene que coincidir con un período de grandes adelantos en la ingeniería que no sólo subsane los naturales problemas que siempre todo territorio ofrece sino, sobre todo, que usufructúe la riqueza aún virgen de las valiosas potencialidades que se concretarán cuando el perfeccionamiento técnico escale la montaña y fecunde la selva.

En cuanto al sistema de penetración que emprendió el hombre para ir dominando con inteligencia a la Tierra Nueva, podemos recordar como primer paso a la acción del salvaje, que guiado por su instinto, comienza a adaptarse. Sin instrumentos y sin útiles, el poblador primitivo no construirá caminos, tampoco conoce cultivos, vive de los frutos y de la caza.

Los primeros cultivos muestran el principio de la rebelión contra la ley de la selva y el comienzo de la ley del espíritu. La acción de este último es transmutación: esto es, la existencia dinámica de la energía en función de acrecentamiento, la actividad que se nutre de sí misma pero que cada vez produce más de lo que consume.

El cultivo, sinónimo de civilización, representa la ley de la conciencia sobre la ley biológica.

De los cultivos nace la organización social que es la tribu primitiva. De allí surge la cultura desde donde se van desmadejando las distintas maneras de trabajar y aprovechar la tierra.

El período intelectual de la civilización se establece realmente con la llegada de los españoles. Estos introdujeron un régimen sistemático de propiedad, un régimen de derecho derivado de la tradición romana. Aparece la propiedad privada que, al principio, se funda en la merced real. Así entran las tierras iberoamericanas, en virtud de las leyes de indias, a la tradición del régimen de propiedad europeo.

Pero las concretas circunstancias políticas del Nuevo Mundo eran muy distintas a las de Europa, por lo que desde el comienzo, el régimen de encomienda legalizó de hecho la esclavitud.

Sólo el advenimiento de la república podía ponernos en condiciones de conquistar un régimen agrario capaz de irse ajustando a una justicia siquiera teórica.

En el Norte, en cambio, sin intervención de voluntades monárquicas, los colonizadores fueron desarrollando un sistema de propiedad privada en el cual cada uno pagaba el precio de su tierra y ocupaba sólo la extensión que podía cultivar. Así se organizó lenta pero seguramente, la democracia de la aptitud que adoptó el lema francés, por lo menos en sus comienzos: "libertad, igualdad, fraternidad". Allí, la república coincidió con el gran movimiento de expansión, y parte de las tierras nuevas se destinó al fomento de la educación popular. De este inteligente y justiciero régimen social procede el gran poderío norteamericano.

Los sistemas de gobierno antieconómicos y despóticos de la Corona española, encontraron entre nosotros a sus continuadores en los nefastos hombres a los que llamamos caudillos. Los grandes iniciadores de la guerra de la independencia: Sucre, Bolívar, San Martín, etc. fueron de una u otra manera, desapareciendo de la escena histórica.

Y entonces se hicieron cargo del gobierno los más hábiles, frecuentemente no los más capaces que, a su vez, continuaron en general el viejo sistema de las mercedes reales. Grandes extensiones de tierra pasaron a ser propiedad de

los generales y caudillos que lograron apoderarse de ellas; la consecuencia obligada fue el latifundio que prevalece en casi toda América latina. Así, el peligro contra el que permanentemente hay que luchar es el de la acaparación del monopolio.

#### IV. El Hombre

Subraya nuestro autor, que así como la civilización nació en el trópico ha de volver al trópico.

Los datos de la prehistoria no dejan duda en cuanto a la gran superioridad intelectual de los habitantes de las zonas cálidas de América comparados a los del Norte. Descubrimiento y conquista no cambiaron sensiblemente la situación. El trabajo inicial de la europeización de América comenzó en el corazón de la cultura indígena: en los reinos azteca e inca.

Con la colonización del Nuevo Mundo, comienza un período histórico cuyas causas se originan en Europa y se hacen sentir después en el mundo entero. Sucede que los centros de cultura se desplazan: Roma y Bizancio ceden el primer lugar a París y Londres. El mar mundial pasará a ser el Báltico primero y el Atlántico después, del Mediterráneo que era. Paralelamente, Inglaterra, España, Holanda y los Estados Unidos se convierten en potencias directoras.

Durante los siglos XVIII y XIX las potencias nórdicas se consolidan y alcanzan tal poderío que surgirá entre ellas mismas el conflicto. El mundo se ve arrastrado al desastre de la gran guerra. Las dos cabezas del real poderío serán entonces, ambas anglosajonas: Londres y Nueva York.

El desplazamiento de la cultura se manifiesta también en el Asia con el despertar del Japón, convertido hoy en una potencia preponderante del mundo oriental.

América no escapó al proceso porque la causa de éste se encuentra en la aplicación del combustible al trabajo, y fueron las razas de la zona fría las encargadas de desarrollar la utilización del combustible en gran escala. Así también, en nuestro continente, la cultura que floreció durante el siglo

XVIII en la Nueva España, decae allá, en tanto que durante todo el siglo XIX se acrecienta en los Estados Unidos de donde hoy emana. Al mismo tiempo, Perú y Bolivia entran en receso y surgen Argentina y la zona templada del Brasil como las nuevas potencias contemporáneas.

Hoy, ya hay hechos significativos que confirman, según Vasconcelos, el comienzo de un retorno: la vuelta fatal de todo ritmo. Ahora son los mismos norteamericanos los que se aprestan a venir a las zonas cálidas. Este retorno es un trascendental suceso en la historia porque el trópico significa no sólo modificaciones de exterioridades sino cambios esenciales en el espíritu de la cultura. Y es que trópico quiere decir: profusión de elementos activos, aire y libertad, luz, alegría y multiplicación de los ritmos.

Al trópico han de venir los aportes de todas las culturas para que aquí se macere el fruto final y sintético de todas ellas filtradas por nuestra idiosincracia.

Hay que destacar que el elemento de transformación de todos los procesos es el hombre y nada más que el hombre. Por eso es imprescindible estudiar al hombre iberoamericano del pasado y del presente para poder imaginar al hombre del mañana.

Entre todas las hipótesis de la prehistoria americana, parece confirmarse la existencia de un tipo étnico: el hombre rojo, apodado por equivocación indio, pero al que ya no sabemos llamar de otro modo.

Así, el primer elemento étnico con que contamos, es este "indio": el indígena de América que constituye una raza porque es un conjunto de individuos de origen y caracteres semejantes aunque no se pueden negar grandes diferencias entre ellos, por otra parte lógicas de toda clasificación, al igual que sucede entre las naciones de la raza blanca.

La idiosincracia del indio se ha modificado radicalmente con el advenimiento de la cultura europea. La lucha entre indígenas y españoles marca el fin de la raza indígena como tal y también la transformación del español que ya no volverá a ser el súbdito europeo de los reyes católicos, sino el factor turbio si se quiere, pero resuelto y vigoroso de una nueva cultura mundial. Es así que, después de luchar entre ellos,

el indio y el español se unieron y mezclaron sus sangres.

El caso de América es el primero de un mestizaje brusco y en grande. Las dos razas que se mezclaron para formar lo que hoy es el sustrato de la población iberoamericana, representaban 2 polos étnicos.

A América vino lo mejor de la casta española, tanto en devoción como en esfuerzo. Como dominadores hábiles que fueron, es natural suponer que elegían la flor de las poblaciones indígenas, ya fuera para el hogar, ya para la enseñanza y el trabajo.

El primer brote autóctono se manifiesta en el movimiento de emancipación, pero autóctono en cuanto a la nueva raza mestiza, no en cuanto al indígena que ya no volvería a obrar por su cuenta.

El nuevo patriotismo perseguía fines económicos y políticos más bien que étnicos. No podía haber sido un movimiento de liberación del indio, sencillamente porque éste ya no existía; no existió quizá nunca como entidad nacional y ya no existía espiritualmente, pues todo lo que sabe, todo lo que piensa, todo lo que hoy es, procede de la invasión europea. Lo suyo se disgregó, tal y como se han disgregado todas las antiguas culturas, para no volver más. Y en el centro del conflicto, para concretarlo y sintetizarlo, quedó la enorme masa de la población mestiza, la primera raza realmente nueva que conoce la historia.

Pero es evidente la esterilidad de la raza mestiza iberoamericana durante todo el primer siglo de su autonomía política. Aparentemente no ha hecho otra cosa que irse muriendo, mal habituada como está a un ambiente que no es ni el antiguo de América ni el de Europa.

Sin embargo, la aventura del mestizaje, es la única esperanza del mundo para engendrar una nueva cultura que nos aparte de las imitaciones ideológicas de lo europeo, a través de los primigenios y originales impulsos de la nueva raza.

La población mestiza de la América latina no es más que el primer brote de una manera de mestizaje que las nuevas condiciones del mundo irán engendrando por todo el planeta. Y es que al período de civilización, ya no nacional, ni siquiera

racial, sino planetario, tiene que corresponder una raza total, una raza en que en su sangre misma sea síntesis del hombre en todos sus aspectos. El germen de esta futura raza cósmica, se encuentra en la población contemporánea de la América latina.

Si vemos las fuerzas propulsoras del destino en la constante, el ingenio y la audacia, podemos decir que en América misma las dos fuerzas constructoras de lo que somos: el espíritu misionero de los católicos y el credo inflexible de los puritanos, tenían estas características.

No se puede omitir que, al lado del primitivo hispano-indígena, se ha producido otro mestizaje más humilde pero también importante como factor humano y dotado de raras virtudes: el mestizaje de español y negro y de portugués y negro: el mulato, que tantos hombres ilustres dio a nuestras naciones y que contiene en su entraña, tesoros de inspiración y de arte. Podemos agregar a estos mestizajes, el mestizaje indígena, el mestizaje negro y las combinaciones de estos dos tipos, amén de los mestizajes de tipo europeo que se han constituido vigorosamente en el Sur del Brasil y en el Norte de la Argentina, mezcla de italiano y de español, portugués, polaco y ruso. Se puede añadir las emigraciones asiáticas asentadas en el Pacífico y entonces, reconoceremos que ya nuestra América es el continente de todas las razas.

Por otra parte, los emigrantes europeos ya establecidos en iberoamérica, han ido sufriendo la influencia del nuevo ambiente y se transforman, a veces a pesar suyo; al adaptarse adoptan la tradición hispanoindígena o la brasileroportuguesa. Esto se explica porque el inmigrante lleva siempre en condiciones económicas y aún culturales inferiores a las de los nativos puesto que los que emigran son las clases trabajadoras, casi siempre ignorantes, y que, al mejorar de condición, educan a sus hijos en los colegios, en el ambiente conformado de acuerdo a la tradición hispanoindígena. Así se produce una absorción cultural de los recién llegados.

Cada nueva aportación étnica favorece el desarrollo de lo que hemos llamado la indología para darle un nombre que comprenda entre otros a la Argentina, Chile, Perú, las Antillas, Colombia y México. Si logramos asimilar las poblacio-

nes de origen reciente, si fortalecemos nuestra autonomía económica, a la vez que la espiritual y la política, la causa del iberoamericanismo se mantendrá a salvo.

Desde el punto de vista cultural, los efectos de la colonización española son mucho más hondos que los de la inglesa, pues mientras éstos siguen siendo en la India invasores, los españoles hicieron de la América una España grande ya que emprendieron una verdadera conquista de almas. Lograron reemplazar una civilización retardada como era la indígena por una civilización en ascenso, como era la de ellos en la época de los descubrimientos.

Gústete o no a la aristocracia blanca que es la dominadora de nuestros tiempos, el hecho es que la hora del mestizo se acerca. Es necesario acabar con los prejuicios de raza y levantar el nivel de los inferiores. Porque la raza inferior, cuya defensa está en la cantidad, siempre se venga de sus dominadores, devorándolos.

Hay que buscar, entonces, la mezcla de todos buscando la unión y el incremento, en el amor y la excelencia, o por lo menos el mejoramiento de asimilación de todas las poblaciones de la tierra.

Lo que debemos defender con intransigencia es el principio de que no valen en nuestra zona las doctrinas ni las prácticas de la casta cerrada ni la tradición unilateral. Nuestra parte del continente no es patrimonio exclusivo del indio ni del negro, pero tampoco del blanco; ni siquiera el asiático está excluido, porque el sentimiento fundamental del ciclo de civilización que con nosotros se inicia es la reunión de todos los tipos después del largo tiempo de la dispersión. Esta es la más urgente tarea de esta parte del mundo.

Frente a este propósito las preguntas se multiplican: ¿lograremos reemplazar los patriotismos locales con un generoso patriotismo continental?; ¿lograremos crear el tipo étnico acabado?. De aquí que haya que improvisar soluciones ya que el tiempo no espera y los otros continentes nos están urgiendo porque nuestra hora ha comenzado a sonar.

Uno de los más eficaces elementos de esta tendencia a la cohesión por la cual pasaremos del nacionalismo al universalismo y del mestizaje al hombre que sea prototipo de

la especie, lo encontramos en la lengua común: el idioma español en las patrias hispánicas y el portugués, afín del castellano, en el Brasil. Nuestro patriotismo tenderá a convertirse en un patriotismo lingüístico. Quizá el mundo entero tiende a la integración de estos vastos imperios lingüísticos, que serían mucho más racionales, mucho más de acuerdo con el espíritu, que todos los nacionalismos que hasta hoy han creado el comercio, el azar y la espada.

Concibe nuestro autor, que la cultura índica se esparcirá por el planeta a través de la búsqueda de una manera de selección a la que contribuyan todas las razas con lo mejor de sus dotes. Panhispanismo pero para lograr el Totalismo. La hegemonía será la de los mejores de todas las castas y, al fin, la aparición de la casta final, la totimista, conformada por el Totinem, (del latín totus = todo; inem = hombre), o sea el hombre todo, el hombre síntesis, el prototipo y tipo final de la especie.

El idioma va a ser, entonces, uno de los vehículos de este poderoso movimiento sintetizador de energías humanas, el otro será el mestizaje.

Resumiendo, podemos decir que las normas formativas que convienen al vasto ciclo de civilización que se inicia en América latina son: nacionalismo que cede ante los intereses superiores de la nueva raza; concepto de raza que no se cife a una sangre sino que acepta la aportación de todas las aptitudes contenidas en las distintas variedades del tipo humano y civilización libre que asegure justicia a todos los hombres.

